

Al día siguiente se había restablecido el orden, y Dumouriez escribía á la Asamblea Nacional con su acostumbrada seguridad lo siguiente: «Me ha sido forzoso abandonar el campamento de Grand-Pré; ya se había efectuado la retirada, cuando sobrecogió al ejército un terror pánico, habiendo huído diez mil hombres delante de mil quinientos húsares prusianos; las pérdidas se reducen á cincuenta hombres y algunos bagajes. TODO SE HA REMEDIADO, Y RESPONDO DE TODO.» No se necesitaba menos que estas seguridades para calmar los terrores de París y del consejo ejecutivo que iba á insistir de nuevo para que el general pasase el Marne. Sainte-Menehould, adonde se dirigía Dumouriez, está situado sobre el Aisne, uno de los dos ríos que rodeaban el campamento de Grand-Pré; el general francés debía, pues, remontar su curso, franqueando, antes de llegar, tres riachuelos bastante profundos, el Tourbe, el Bionne y el Auve, que se confunden en aquel punto. Más allá de dichas corrientes se hallaba el campamento que debía ocupar: delante de Sainte-Menehould se elevan circularmente alturas en un espacio de tres cuartos de legua; á su pie se extiende una llanura donde el Auve forma pantanos antes de verterse en el Aisne, bordeándola por la derecha las colinas del Hyrón, de frente las de la Luna, y por la izquierda las de Gisaucourt. En el centro de la cuenca se ven algunas eminencias inferiores á las de Sainte-Menehould, siendo una de ellas el molino de Valmy, opuesto á los cerros de la Luna: la carretera de Chalóns á Sainte-Menehould pasa á través de dicha cuenca, siguiendo casi paralelamente el curso del Auve. En Sainte-Menehould y sobre la cuenca fué donde se situó Dumouriez; mandó ocupar á su alrededor las más importantes posiciones, y apoyó la espalda contra Dillón, encargándole que se mantuviese firme contra el enemigo. De este modo ocupaba el camino real de París en tres puntos, las Isletas, Sainte-Menehould y Chalóns.

Sin embargo, si los prusianos penetraban por Grand-Pré, podían dejarle en Sainte-Menehould y correr hacia Chalóns, y á fin de oponer un obstáculo, Dumouriez ordenó á Dubouquet, de cuya feliz llegada á dicha ciudad tenía ya noticia, que se situara en el campo de la Espina, reuniendo todos los voluntarios recién venidos, á fin de preservar á Chalóns de un golpe de mano. Poco después se reunió con él Chasot, y después Beurnonville, que habiendo llegado el 15 á la inmediación de Sainte-Menehould, y viendo un ejército en buen orden, supuso que era el del enemigo, pues no podía creer que Dumouriez, derrotado según decían, se hubiese rehecho tan pronto. Con esta idea se replegó á Chalóns, pero informado allí de la verdad, volvió inmediatamente para tomar posición el 19 en Maffrecourt, á la derecha del campamento. Llevaba consigo los diez mil valientes que Dumouriez había ejercitado durante un mes en el campamento de Maulde, acostumbándoles á batirse en las guerrillas. Reforzado con Beurnonville y Chasot, Dumouriez podía contar con treinta y cinco mil hombres; y así, merced á su firmeza y á su presencia de ánimo, hallábase en una posición muy fuerte y en estado de contemperar aún bastante tiempo; pero si el enemigo, más rápido, le dejaba detrás, adelantándose sobre Chalóns, ¿de qué servía entonces su campamento de Sainte-Menehould? Siempre quedaba el mismo temor;

y las precauciones tomadas en el campo de la Espina distaban mucho de ser suficientes para evitar semejante peligro.

Se operaban muy lentamente dos movimientos á su alrededor: el de Brunswick, que vacilaba en su marcha, y el de Kéllermann, que partiendo el 4 de Metz, no había llegado aún al punto convenido después de quince días de marcha; pero si la lentitud de Brunswick era provechosa para Dumouriez, la de Kéllermann le comprometía singularmente. Este general, prudente é irresoluto, aunque muy valeroso, había avanzado y retrocedido sucesivamente, según las marchas del ejército prusiano; y el 17, al saber la pérdida de los desfiladeros, practicó un movimiento retrógado. Sin embargo, en la tarde del 19 envió aviso al general en jefe de que sólo estaba á dos leguas de Sainte-Menehould. Dumouriez le tenía reservadas las alturas de Gisaucourt, que se hallan á la izquierda, dominando el camino de Chalóns y el Auve; hábale ordenado que en el caso de una batalla se desplegara en las alturas secundarias, dirigiéndose á Valmy, más allá de aquel riachuelo. Dumouriez no tuvo tiempo suficiente para ir á situar á su colega, y Kéllermann, cruzando el Auve en la noche del 19, encaminóse á Valmy por el centro de la cuenca, descuidando las alturas de Gisaucourt, que formaban la izquierda del campamento de Sainte-Menehould, dominando las de la Luna, contra las que avanzaban los prusianos.

Efectivamente, los prusianos, desembocando en aquel momento por el Grand-Pré, acababan de llegar á la vista del ejército francés, y flanqueaban las alturas de la Luna, descubriendo ya el terreno, cuya cima ocupaba Dumouriez. Renunciando á una rápida marcha sobre Chalóns, alegrábanse mucho, según decían, de hallar reunidos á los dos generales franceses para poder coparlos de un solo golpe. Su objeto era hacerse dueños del camino de Chalóns, marchar sobre Vitry, desalojar á Dillón de las Isletas y cercar á Sainte-Menehould por todas partes, obligando así á los dos ejércitos á rendir las armas.

En la mañana del 20, Kéllermann, que en vez de ocupar las alturas de Gisaucourt, se dirigió por el centro de la cuenca al molino de Valmy, vióse dominado al frente por las alturas de la Luna, que ocupaba el enemigo. A un lado tenía el Hyrón, del cual eran dueños los franceses, aunque podían perderle, y al otro Gisaucourt, que, no ocupado todavía, iba á estarlo muy pronto por los prusianos. En el caso de una derrota, sería rechazado hasta los pantanos del Auve, situados detrás del molino de Valmy, y podía ser destrozado en el fondo de aquel anfiteatro antes de haberse reunido con Dumouriez. En su consecuencia, mandó llamar al punto á su colega; pero el rey de Prusia, observando un gran movimiento en el ejército francés, y en la persuasión de que el proyecto de los generales era dirigirse sobre Chalóns, quiso cortar al punto el camino y dispuso el ataque. La vanguardia prusiana encontró en el camino de Chalóns á la de Kéllermann, que se hallaba con el centro en la altura de Valmy; el choque fué muy vivo; los franceses, rechazados desde luego, se rehicieron después, apoyados por los carabineros del general Valence; desde las alturas de la Luna comenzó el fuego de cañón contra el molino de Valmy, y nuestra artillería contestó vivamente á la de los prusianos.

No obstante, la posición de Kéllermann era muy expuesta; sus tropas, agrupadas confusamente en la altura de Valmy, no podían batirse con facilidad. Desde las alturas de la Luna se las cañoneaba sin descanso, y desde las de Gisaucourt maltrataba su izquierda el fuego de los prusianos; cierto que el Hyrón, que flanqueaba su derecha, estaba ocupado por los franceses; pero Clerfayt, atacando aquel punto con veinticinco mil austriacos, podía apoderarse de él; y entonces, acosado por todas partes, Kéllermann sería desalojado de Valmy, en el Auve, sin que Dumouriez pudiera socorrerle. Este último envió al punto al general Sténgel con una fuerte división para sostener á los franceses en el Hyrón, protegiendo la derecha de Valmy; ordenó á Beurnonville que apoyara á Sténgel con diez y seis batallones, y despachó á Chasot con nueve y ocho escuadrones al camino de Chalóns á fin de ocupar á Gisaucourt flanqueando la izquierda de Kéllermann. Pero al llegar Chasot cerca de Valmy pidió órdenes á aquel jefe en vez de dirigirse á Gisaucourt, dejando á los prusianos el tiempo suficiente para ocupar la posición y romper un fuego mortífero contra nosotros. Apoyado, no obstante, por derecha é izquierda, Kéllermann podía sostenerse en el molino de Valmy; mas por desgracia cayó una granada sobre un cajón de pólvora y lo voló, introduciendo el desorden en la infantería. Aumentábase más aún el cañoneo desde los cerros de la Luna, y ya comenzaba á ceder la primera línea cuando Kéllermann, observando el movimiento, corrió á las filas, rehízolas y restableció el orden. En aquel momento creyó Brunswick que se debía franquear la altura y arrollar á las tropas francesas atacándolas á la bayoneta.

Era mediodía: la espesa niebla que hasta entonces cubría á los dos ejércitos acababa de disiparse, y se distinguían perfectamente. Nuestros jóvenes soldados veían á los prusianos avanzar en tres columnas con la seguridad de tropas aguerridas y veteranas; era la primera vez que se hallaban en número de cien mil hombres en el campo de batalla, y que iban á cruzar la bayoneta; no se conocían á sí ni al enemigo, y mirábanse con la mayor inquietud. Kéllermann penetra en los atrinchamientos, dispone sus tropas por columnas de un batallón de frente, y les ordena que cuando los prusianos estén á cierta distancia se adelanten á ellos, en vez de esperarlos, para atacarles á la bayoneta. Después, levantando la voz, grita: *¡viva la nación!* En aquel momento se podría ser valiente ó cobarde, pero al grito de *¡viva la nación!* todos se muestran intrépidos; y nuestros jóvenes soldados, poseídos del mismo ardimiento, avanzan á paso de carga, repitiendo el grito que les anima. Al ver esto, Brunswick, que emprendía el ataque con repugnancia, y no sin gran temor por el resultado, vacila, detiene á sus columnas, y ordena al fin la retirada al campamento.

La prueba fué decisiva: desde este momento se creyó en el valor de aquellos *sastres y zapateros* que, al decir de los emigrados, constituían todo el ejército francés. Habíanse visto hombres bien pertrechados y valerosos, oficiales condecorados y expertos, un general Duval, cuya elevada estatura y blancos cabellos inspiraron respeto; un Kéllermann, un Dumouriez, en fin, que oponían tanta constancia como destreza á un enemigo superior. Y desde aquel momento la revolución francesa

quedó juzgada, y aquel caos, hasta entonces ridículo, no se consideró ya sino como un terrible impulso de energía.

A las cuatro intentó Brunswick un segundo ataque; pero la seguridad de nuestras tropas le desconcertó de nuevo y replegó por segunda vez sus columnas: caminando de sorpresa en sorpresa, viendo que era falso todo cuanto le habían dicho, el general prusiano no avanzaba sino con la mayor circunspección; y aunque se le haya censurado porque no vigorizó más el ataque, arrollando á Kéllermann, los más inteligentes opinan que tuvo razón. El general francés, sostenido á derecha é izquierda por todo el ejército, podía resistir muy bien; y si Brunswick, encerrado en un desfiladero, y en un país detestable, llegaba á ser batido una sola vez, exponíase á quedar completamente aniquilado. Por otra parte, había conseguido, como resultado del día, ocupar el camino de Chalóns: los franceses se hallaban separados de su depósito, y esperaba obligarles á que abandonasen la posición en pocos días. No consideró, pues, que, una vez dueños de Vitry, bastaba hacer un rodeo más largo para que llegasen los convoyes, sin más inconveniente que el retraso.

Tal fué la célebre jornada del 20 de septiembre de 1792, durante la cual se dispararon más de veinte mil cañonazos, y que por lo mismo se designó después con el nombre de *Cañoneo de Valmy*.

La pérdida fué igual por ambas partes, ascendiendo sólo en cada ejército á ochocientos ó novecientos hombres; pero en el campamento francés reinaba la alegría y la seguridad, al paso que en el de los prusianos no se oían más que reprensiones sugeridas por el despecho. Asegúrase que la misma tarde fueron vivamente reprendidos los emigrados por el rey de Prusia, viéndose disminuir la influencia de Calonne, el más presuntuoso de los ex ministros, y el que hizo promesas más exageradas, habiendo desmentido todos sus informes.

Aquella misma noche, Kéllermann volvió á cruzar el Auve silenciosamente, para acampar en las alturas de Gisaucourt, que debió ocupar desde un principio y de las cuales se aprovechó el enemigo durante el día. Los prusianos permanecieron en los cerros de la Luna; en el fondo opuesto se hallaba Dumouriez, y á la izquierda de éste Kéllermann, en las colinas que acababa de tomar. En aquella singular posición, los franceses, dando frente á su país, parecían invadirle, mientras que los prusianos, apoyados contra él, parecían defenderle. Desde este momento comenzó Dumouriez á desplegar nueva energía y firmeza en todos sus actos, ya contra el enemigo ó bien contra sus propios oficiales y la autoridad francesa. Teniendo á sus órdenes cerca de setenta mil hombres, y no faltándole víveres, ó por lo menos rara vez, podía esperar. Los prusianos, por el contrario, carecían de ellos; las enfermedades comenzaban á diezmar su ejército, y en tal situación perjudicábales mucho contemperar. Una estación rigurosa, y medio de un terreno arcilloso y húmedo, no les permitía permanecer allí mucho tiempo; y si, recobrando demasiado tarde la energía y la actividad necesarias para la invasión, trataban de marchar sobre París, Dumouriez tenía suficientes fuerzas para seguirles y arrollarles cuando hubieran adelantado más.

Estas miras eran tan razonables como prudentes; pero

en el campamento, donde los oficiales se aburrían á causa de las privaciones, mientras que el general Kéllermann estaba poco satisfecho de verse sometido á una autoridad superior; y en París, donde se estaba separado del ejército, sin ver nada entre los prusianos y la capital, temiéndose que los uhlanos llegasen á quince leguas de París, desde que estaba libre el bosque del Argona, no se podía aprobar el plan de Dumouriez. La Asamblea y el consejo se quejaban de su obstinación, y escribíanle las cartas más imperiosas para que abandonase su posición y repasara el Marne. Para los pusilánimes y medrosos, el campamento en Montmartre, y un ejército entre Chalóns y París, era la única doble muralla que podía tranquilizarles. «Si los uhlanos llegan á hostigaros, escribía Dumouriez, matadlos, esto no me incumbe; pero no cambiaré mi plan por causa de unos cuantos lancerillos.» Sin embargo, no por eso dejaban de repetirse las instancias y las órdenes; en el campamento seguían los oficiales haciendo observaciones; únicamente los soldados, sostenidos por el buen humor del general, que no se descuidaba en recorrer sus filas y estimularlos, explicándoles la crítica situación de los prusianos, soportaban con paciencia las lluvias y las privaciones. Una vez quiso Kéllermann marcharse, y fué necesario que Dumouriez pidiese algunos días más, como Colón á sus tripulantes, prometiendo levantar el campamento en un plazo determinado si los prusianos no tocaban retirada.

El magnífico ejército de los coligados se hallaba en efecto en la más deplorable situación; diezmábase por falta de víveres, y sobre todo por la distancia, habiendo contribuido Dumouriez poderosamente á empeorar su estado. Los tiroteos frente al campamento parecieron inútiles, porque no conducían á ningún resultado definitivo, y en su consecuencia convínose entre los dos ejércitos suspenderlos; pero Dumouriez estipuló que sólo se hiciera así en el frente. Su primera diligencia fué destacar toda la caballería, sobre todo la novicia, al país inmediato, á fin de interceptar los convoyes del enemigo, que habiendo llegado por el boquete de Grand-Pré, y después de remontar el Aisne para avanzar por nuestra línea de retirada, le era preciso hacer seguir á dichos convoyes los mismos rodeos. Nuestra caballería cobró afición á esta guerra lucrativa, y continuábala con buen éxito.

Eran llegados los últimos días de septiembre; la situación era ya intolerable en el ejército enemigo, y algunos de sus oficiales fueron enviados al campamento francés para parlamentar. Al principio no se trató más que del canje de prisioneros; los prusianos solicitaron también el beneficio del cambio para los emigrados, pero se negó la petición. En cuanto á lo demás, procedióse con mucha cortesía de una parte y de otra. Después del canje, hablóse sobre los motivos de la guerra, declarando casi los prusianos que ésta era impolítica. En aquella circunstancia se dió á conocer completamente el carácter de Dumouriez: no teniendo que combatir, escribió Memorias para el rey de Prusia, demostrándole cuán poco ventajoso le era unirse con la Casa de Austria contra Francia; y al mismo tiempo le enviaba doce libras de café, las únicas que aún quedaban en los dos campamentos. Sus Memorias, que no podían menos de ser apreciadas, fueron no obstante muy mal acogidas,

como era de esperar. Brunswick contestó en nombre del rey de Prusia con una declaración tan arrogante como el primer manifiesto, y así quedó rota toda negociación. La Asamblea, consultada por Dumouriez, contestó, como el senado romano, que no se trataría con el enemigo hasta que saliese de Francia.

Estas negociaciones no dieron más resultado que calumniar al general, sospechándose desde entonces que mantenía secretas relaciones con el extranjero, lo cual fué causa de que le tratara con afectado desdén un monarca orgulloso á quien humillaba el resultado de la guerra. Sin embargo, tal era Dumouriez: hombre de valor por todos conceptos, de talento y grandes disposiciones, carecía de ese aspecto, de esa dignidad que impone á los hombres, causándoles únicamente sorpresa el verdadero genio. No obstante, según lo había previsto el general francés, desde el 1.º de octubre comenzaron los prusianos á levantar el campo, no pudiendo ya resistir la escasez y las enfermedades. En Europa fué motivo de asombro, de conjeturas y de fábulas, ver á un ejército tan poderoso y elogiado retirarse humildemente ante aquellos obreros y plebeyos sublevados, á quienes se quería conducir á tambor batiente á sus pueblos, castigándoles por haber salido. La tibieza con que fueron perseguidos los prusianos, la especie de impunidad con que volvieron á pasar por los desfiladeros del Argona, hicieron suponer que habían mediado convenios secretos, y hasta un contrato con el rey de Prusia. Los hechos militares explicarán mejor que todas estas suposiciones la retirada de los coligados.

Permanecer en una posición tan enojosa no era ya posible; la invasión habría sido intempestiva en una estación tan adelantada y tan desfavorable; el único recurso consistía, pues, en retirarse al Luxemburgo y la Lorena para formar allí una fuerte base de operaciones, á fin de comenzar de nuevo la campaña el año próximo. Por otra parte, hay motivos para creer que en aquel momento pensaba Federico Guillermo en tomar su porción de la Polonia, pues entonces fué cuando este príncipe, después de haber excitado á los polacos contra Rusia y Austria, se preparaba á distribuir sus despojos. Así, pues, el estado de la estación y del país, el disgusto que produjo una empresa frustrada, el sentimiento de haberse aliado con la casa de Austria contra Francia, y por último, nuevos intereses en el Norte, eran para el rey de Prusia motivos suficientes para inducirle á resolver la retirada. Efectuóse ésta con el mejor orden, porque aquel enemigo que consentía en marcharse no dejaba por eso de ser muy poderoso. Querer cortarle del todo la retirada, obligándole á que se abriera paso por una victoria, habría sido una imprudencia que Dumouriez no podía cometer. Hubo de contentarse con hostigarle, y si no se hizo más activamente, fué por su culpa y la de Kéllermann.

Pasado el peligro y terminada la campaña, cada cual volvió á pensar en sí y en sus proyectos. Dumouriez reflexionaba sobre su empresa en los Países Bajos; Kéllermann en obtener su mando en Metz; y así es que la persecución de los prusianos no mereció de los dos generales la atención que exigía. Dumouriez envió al general d'Harville á Chêne-Populeux para castigar á los emigrados; ordenó al general Miaczinski que los esperase en Stenay, al salir del paso, para acabar de exter-

minarlos; destacó á Chasot por la misma parte, á fin de ocupar el camino de Longwy; situó á los generales Beurnonville, Sténgel y Valence, con más de veinticinco mil hombres, á la retaguardia del gran ejército, á fin de perseguirle con vigor; y al mismo tiempo dispuso que Dillón, que se había mantenido siempre en las Isletas con el mejor éxito, avanzara sobre Clermont y Varennes, á fin de cortar la retirada de Verdún. Estas disposiciones eran sin duda buenas, pero debió ejecutarlas el mismo general; según el sabio parecer de Mr. Jomini, debió marchar directamente sobre el Rhin, y bajarle después con todo su ejército; y en aquel momento feliz, arrollándolo todo á su paso, habría conquistado la Bélgica en una sola marcha. Pero Dumouriez pensaba en volver á París para preparar una invasión por Lila; y en cuanto á los tres generales, Sténgel, Beurnonville y Valence, no habiéndose entendido bastante bien, no persiguieron muy activamente á los prusianos. Valence, que dependía de Kéllermann, recibió de pronto la orden de volver á reunirse con su general en Chalóns, para marchar por el camino de Metz.

Preciso es convenir que se había imaginado un movimiento muy singular, puesto que conducía de nuevo á Kéllermann al interior para que siguiera después el camino de la frontera de Lorena. El itinerario natural era hacia adelante, por Vitry ó Clermont, y se conciliaba con la persecución á los prusianos, tal como la había dispuesto Dumouriez.

Apenas tuvo éste conocimiento de la orden dada á Valence, dispuso que éste continuara su marcha, diciendo que mientras estuviesen unidos los ejércitos del Norte y del Centro, sólo á él correspondía el mando en jefe. Tuvo también una explicación muy viva con Kéllermann, que insistía en su determinación primera, consintiendo al fin en continuar su marcha por Sainte-Menehould y Clermont. Como quiera que sea, la persecución no se activó: sólo Dillón hostigó á los prusianos con el mayor ardimiento y estuvo á punto de que le batieran por seguirles con demasiada viveza. El desacuerdo de los generales y sus propias ocupaciones después de pasado el peligro, fueron evidentemente la única

causa que permitió una retirada fácil á los prusianos.

Se ha pretendido que su marcha fué comprada, y que se pagó con el producto de un gran robo de que hablabamos; que se hizo el convenio con Dumouriez, y que una de las condiciones del trato era la libre retirada del enemigo, añadiéndose por último que Luis XVI lo pidió desde el fondo de su prisión. Acabamos de ver que esta retirada puede explicarse suficientemente por motivos naturales; pero otros muchos motivos demuestran aún lo absurdo de semejantes suposiciones. Así, por ejemplo, no es creíble que se dejase comprar un monarca que no tuvo por vicio una vil codicia; no se ve por qué, en el caso de existir un convenio, no se hubiera justificado Dumouriez á los ojos de los militares de no haber perseguido al enemigo, dando á conocer un tratado que nada tenía de vergonzoso para él; y por último, el ayuda de cámara del rey asegura que no se escribió nada parecido á la supuesta carta dirigida por Luis XVI á Federico Guillermo, y transmitida por el procurador del Ayuntamiento, Manuel.

Todo esto no pasa, pues, de ser una mentira, y la retirada de los coligados fué sólo una consecuencia natural de la guerra. Dumouriez, á pesar de sus faltas y distracciones en Grand-Pré, á pesar de su descuido en el momento de la retirada, no fué menos por eso el salvador de Francia, y de una revolución que tal vez imprimió desde luego á Europa un progreso de varios siglos. Él fué quien, encargándose de un ejército desorganizado, irritado y receloso; inspirándole confianza; estableciendo en toda aquella frontera la unidad y el vigor, sin desesperar jamás en las circunstancias más desastrosas; dando un ejemplo extraordinario de serenidad después de la pérdida de los desfiladeros; persistiendo en su primera idea de contemporizar, á pesar del peligro, de su ejército y del gobierno, de una manera que prueba su penetración y enérgico carácter; el fué, decimos, quien libró á nuestra patria del extranjero y del rencor contrarrevolucionario, dando el ejemplo imponente de un hombre que salva á sus conciudadanos á pesar suyo. La conquista, por considerable que sea, no es más hermosa ni más moral.